

A los venezolanos

Daño antropológico y resistencia

Rafael Uzcátegui *



ELVIS GONZÁLEZ/EFE

El descalabro estructural de la sociedad venezolana es de una magnitud tal, que desde el Centro Gumilla hemos comenzado a usar la frase “daño antropológico” para describirlo. La frase no es original, pues ha sido desarrollada en Cuba para precisar la profundidad de la intervención estatal en las relaciones sociales y la psiquis de sus habitantes

itemos la línea medular del debate isleño. Raúl Fonet-Betancourt afirma que hay un daño antropológico cuando además del deterioro en los órdenes social, político y cultural existe, fundamentalmente, un daño a la condición humana como tal.

Una lectora de nombre Nora publicó, en la columna de opinión del periódico uruguayo *El País*, que:

[...] se habla de daño antropológico cuando la persona deja de sentir aprecio por su propia vida, cuando pierde la conciencia de sí misma como obrera de su destino y se abandona a los dictámenes con que la someten fuerzas de dominación obligándola a hacer y pensar de una manera dirigida. Más aún, cuando se la obliga a dejar de pensar.

Por su parte, cavilando sobre su propia experiencia, Dagoberto Valdés Hernández lo ejemplifica como el cubano al que le han bloqueado una gran parcela de su libertad interior y que ve sistemáticamente suplantada su responsabilidad individual por el paternalismo de Estado, transformándose en un perpetuo adolescente cívico. “Sufre un bloqueo –asegura–, el peor de todos, que es el embargo de proyectos de vida independiente sin los que se desmigaja el alma humana y se fomenta un desaliento existencial”. Por su parte, Francisco Javier Müller citando el libro de Luis Aguilar León, *Cuba y su futuro*, agrupa seis tipos de daños antropológicos específicos: 1) el servilismo, 2) el miedo a la represión, 3) el miedo al cambio, 4) la falta de voluntad política y de responsabilidad cívica, 5) la desesperanza, el desarraigo y el exilio dentro del país (insilio) y 6) la crisis ética.

El daño antropológico en nuestro contexto, para los pensadores de Gumilla, ha derruido el proyecto de vida de la mayoría de los venezolanos: su manera de ser, estar y proyectarse a futuro en el territorio. No es solo un problema político que se resuelve con cambio de gobierno; o económico, con decisiones que reaviven tanto

el aparato productivo como el poder adquisitivo de la población, sino que la profundidad e intensidad del deterioro dejará secuelas individuales en diferentes generaciones de venezolanos.

Ejemplos de daño antropológico abundan en la Venezuela de 2020. Pensemos en la transformación del consumo del café entre nosotros. Como consecuencia de haber sido un país que lo cosechó intensamente durante más de un siglo, entre 1796 hasta 1920, siendo su principal producto de exportación en ese lapso, los venezolanos nos educamos como consumidores habituales de buen café. Alrededor de una taza humeando nos convocábamos, la excusa para cualquier rito de socialización. En quintas, apartamentos o en la más humilde casa del campo venezolano la urbanidad comenzaba con el ofrecimiento de una tacita de café. Aquel hábito civilizador fue potenciado por las grandes posibilidades materiales que ofreció por décadas la renta petrolera. La gestión bolivariana demolió, ladrillo a ladrillo, el hábito de socializar compartiendo un *guayoyito*. Luego de las expropiaciones de las empresas cafetaleras la primera víctima fue la accesibilidad, con la escasez del producto. Luego se sacrificó la calidad, cuando se estimuló la importación para el otorgamiento de divisas a precios preferenciales, inundándose el mercado de sucedáneos de sabor dudoso. Finalmente, la accesibilidad, por la hiperinflación y los altos precios. El resultado no es solo que se bebe menos café, del cual pudiéramos prescindir reduciéndolo a sus componentes nutricionales, sino que la ausencia del rito que lo acompañaba forma parte del cuadro de reclusión del venezolano a su esfera individual y privada. “Cuando suelo café lo hago con las ventanas cerradas para que mis vecinos no se den cuenta”, nos contaba una humilde habitante de un barrio caraqueño durante el 2019. Y si por alguna razón pudiéramos beberlo con otros, ¿con quién lo haríamos? La crisis migratoria forzada ha destrozado nuestros vínculos afectivos, separando familias y amistades a lo largo y ancho de la geografía y en todas las clases sociales. El chavismo nos ha convertido en personas más desconfiadas, egoístas y solitarias –todo en nombre del “socialismo”–, que

ya no son capaces por sí mismos de generar la capacidad de compartir una taza de café.

DEL PROYECTO AUTORITARIO AL DAÑO ANTROPOLÓGICO

Sobre este asunto la diferencia entre Hugo Chávez y Nicolás Maduro es que el primero focalizó la extensión del daño a sus adversarios, instaurando la discriminación como política de Estado, mientras el segundo “socializó” el daño antropológico a toda la población, incluyendo a sus propios seguidores. No solamente los destinos individuales han sido trastocados, sino la propia imagen que los venezolanos tenían de sí mismos, su identidad, los referentes que le daban sentido como país. El chavismo demolió la historia, colocando en su lugar no el “hombre nuevo” sino una gran desolación.

La ausencia de estadísticas oficiales nos impide conocer la real magnitud del desastre. Pero la comprensión del daño antropológico necesita indicadores no tradicionales, diferentes a los económicos, institucionales y políticos. Debemos agregarle elementos culturales, afectivos y espirituales, que conforman la subjetividad del ser humano. La reconstrucción que tenemos por delante es mayúscula.

A diferencia de los topos del Arco Minero, apenas estamos excavando en la superficie de la ramificación y hondura de la ruptura de nuestro tejido asociativo. Pero la contemplación y el discernimiento deberán ir aparejados de la propuesta y la acción. Y esto a pesar del retroceso del pensamiento académico y el exilio de la mayoría de los intelectuales. Y con todo el debilitamiento de la sociedad civil y la casi desaparición de los hilos subterráneos de apoyo mutuo.

Conversando con Margarita López Maya sobre el tema concluimos que una tarea urgente, de tantas pendientes, es la reconstrucción de la memoria –en mayúsculas y minúsculas– para intentar verter contenido en ese gran signo de interrogación de cuál será el imaginario de los venezolanos de y en la transición. A falta de una narrativa mínima compartida, poder comenzar el trabajo desde los márgenes, con tres imaginarios que, aun con todo lo que ha pasado, pudieran aglutinar, y ayudar a reconocerse, a los nacidos en esta *ribera del Arauca tricolor*: la evocación deportiva, la evocación gastronómica y la memoria musical.

En tiempos de incertidumbre la única manera de ver hacia adelante es mirando primero hacia atrás. Horadar en nuestras mejores tradiciones, y nuestros mejores hombres y mujeres, para enmendar nuestra trastocada pertenencia a una “comunidad”, uno de los efectos colaterales del daño antropológico.



LUIS ACOSTA/AFP

* Sociólogo, activista y coordinador general de Provea.